

LA LIBERACIÓN DEL SEÑOR

Los capítulos 36 y 37 recogen la historia de la fidelidad del rey Ezequías y el rescate que Dios efectuó de Jerusalén, de manos de Asiria.

LA AMENAZA ASIRIA (36.1–20)

La invasión de Senaquerib sobre Judá (36.1–3)

¹Aconteció en el año catorce del rey Ezequías, que Senaquerib rey de Asiria subió contra todas las ciudades fortificadas de Judá, y las tomó. ²Y el rey de Asiria envió al Rabsaces con un gran ejército desde Laquis a Jerusalén contra el rey Ezequías; y acampó junto al acueducto del estanque de arriba, en el camino de la heredad del Lavador. ³Y salió a él Eliaquim hijo de Hilcías, mayordomo, y Sebna, escriba, y Joa hijo de Asaf, canceller.

Con la expresión «... en el año catorce del rey Ezequías» (vers.º 1) se marca la fecha de la invasión de Senaquerib sobre Judá en 701 a. C.¹ A Ezequías se le menciona en 1.1 como el último rey del ministerio profético de Isaías. Su nombre aparece solamente en ese pasaje y en las narraciones históricas de 36.1—39.8.

Isaías puso por escrito lo siguiente: «Senaquerib rey de Asiria subió contra todas las ciudades fortificadas de Judá, y las tomó». Esta invasión debe de ser la que se documentó en los textos históricos asirios de ese rey. Senaquerib alardeó diciendo: «En lo que respecta a Ezequías el judío, este no se

sometió a mi yugo, puse sitio a 46 de sus ciudades fortificadas, a sus fuertes amurallados y a un sinnúmero de pequeñas aldeas a sus alrededores, y [las] conquisté».² Ezequías pagó un fuerte tributo a Senaquerib, según 2º Reyes 18.14–16, esperando que este se retirara. No obstante, la intención de Senaquerib era ocupar Jerusalén.

Luego leemos: ... el rey de Asiria envió al Rabsaces desde Laquis a Jerusalén con un gran ejército contra el rey Ezequías (vers.º 2a). Laquis, una ciudad importante de Judea que estaba en las faldas de los montes, a cuarenta y ocho kilómetros al suroeste de Jerusalén, fue destruida por los asirios. Hay bajorrelieves de alabastro excavados en el palacio de Senaquerib en Nínive, y que ahora se exhiben en el Museo Británico, los cuales muestran el asedio y la destrucción de la ciudad. Las excavaciones realizadas en Laquis dan fe de la ferocidad del ataque y de la derrota de la ciudad.

El término «Rabsaces» es un título militar, no un nombre personal. Otros dos funcionarios son mencionados con el Rabsaces en 2º Reyes 18.17. Isaías destacó este funcionario porque constituía el vocero del grupo y podía hablar hebreo.

El relato continúa: «... y acampó junto al acueducto del estanque de arriba, en el camino de la heredad del Lavador» (vers.º 2b). Este es el mismo lugar donde Isaías le había rogado al rey Acáz que confiara en Dios años atrás (vea Isaías 7.3). Estos estanques, localizados al sur de Jerusalén, llevaban el suministro de agua hasta la ciudad.

Ezequías envió tres funcionarios a negociar con el Rabsaces (vers.º 3). Sebna era uno de ellos. Anteriormente, Isaías había reprendido a Sebna por

¹Edwin Thiele hizo notar que algunos de los «problemas más desconcertantes de la cronología hebrea se encuentran» en este período. Él fechó el comienzo del reinado de Ezequías en 716 (15) a. C. (Edwin R. Thiele, *The Mysterious Numbers of the Hebrew Kings [Los misteriosos números de los reyes hebreos]* [London: Paternoster Press, 1965], 118, 132, 156.)

²James B. Pritchard, ed., *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament, (Escritos antiguos del cercano oriente relacionados con el Antiguo Testamento)*, 3ª ed. [Princeton: Princeton University Press, 1969], 288.

no cumplir con sus obligaciones (22.15–21). Para ese entonces, aparentemente había sido destituido de su puesto como mayordomo de la familia real. Eliaquim era quien tenía ahora ese cargo.

La arrogancia del Rabsaces (36.4–10)

⁴... a los cuales dijo el Rabsaces: Decid ahora a Ezequías: El gran rey, el rey de Asiria, dice así: ¿Qué confianza es esta en que te apoyas? ⁵Yo digo que el consejo y poderío para la guerra, de que tú hablas, no son más que palabras vacías. Ahora bien, ¿en quién confías para que te rebelés contra mí? ⁶He aquí que confías en este báculo de caña frágil, en Egipto, en el cual si alguien se apoyare, se le entrará por la mano, y la atravesará. Tal es Faraón rey de Egipto para con todos los que en él confían. ⁷Y si me decís: En Jehová nuestro Dios confiamos; ¿no es éste aquel cuyos lugares altos y cuyos altares hizo quitar Ezequías, y dijo a Judá y a Jerusalén: Delante de este altar adoraréis? ⁸Ahora, pues, yo te ruego que des rehenes al rey de Asiria mi señor, y yo te daré dos mil caballos, si tú puedes dar jinetes que cabalguen sobre ellos. ⁹¿Cómo, pues, podrás resistir a un capitán, al menor de los siervos de mi señor, aunque estés confiado en Egipto con sus carros y su gente de a caballo? ¹⁰¿Acaso vine yo ahora a esta tierra para destruirla sin Jehová? Jehová me dijo: Sube a esta tierra y destrúyela.

Edward J. Young hizo notar que la «rudeza caracterizaba al Rabsaces». ³Mientras que se refirió a su gobernante como «El gran rey, el rey de Asiria», el embajador omitió el título real de Ezequías (vers.º 4a).

Pese a que carecía de modales, el funcionario asirio demostró que era un hábil negociador. «¿Qué confianza es esta en que te apoyas?», preguntó (vers.º 4b). Le instó a Judá a rendirse incondicionalmente a su rey, haciendo la pregunta: «Ahora bien, ¿en quién confías...?» (vers.º 5). La palabra «confías» revela el eje de su discurso. Proviene de la raíz hebrea בָּטַח (*batach*)⁴ y tiene el sentido de confianza y seguridad. En efecto, el pueblo de Dios confía en Dios; cree en «Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros» (Efesios 3.20).

El Rabsaces demostró un sorprendente entendimiento de la política exterior de Judá. El Señor,

³ Edward J. Young, *The Book of Isaiah (El libro de Isaías)*, vol. 2, *The New International Commentary on the Old Testament* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1969), 460.

⁴ La palabra *batach* se usa en los versículos 4, 5, 6, 7 y 9 y se traduce por «[tener] seguridad» y «confianza» así como por «apoyarse».

por medio de Isaías, había aconsejado a Judá no confiar en la ayuda de Egipto (20.5; 30.1–7). El embajador hizo notar que el resultado sería solo dolor y sufrimiento para los que confiaran en Faraón (vers.º 6). También sabía de los «lugares altos y [...] altares» que Ezequías había quitado durante sus reformas religiosas (vers.º 7; vea 2º Reyes 18.4–5). No obstante, malinterpretó el motivo por el que fueron quitados, que era la forma corrupta de religión que se practicaba en ese lugar. A los paganos que adoraban muchos dioses, ese «debió de haberles parecido un error garrafal». ⁵

El Rabsaces se burló además de los representantes de Judá con una oferta que decía: «... dos mil caballos, si tú puedes dar jinetes que cabalguen sobre ellos» (vers.º 8). Tanto él como los funcionarios de Judá estaban conscientes de la debilidad del ejército de Ezequías. Se jactó de que ellos no podrían «resistir a un capitán, [ni siquiera] al menor de los siervos de [su] señor [Senaquerib]» (vers.º 9).

El primer discurso finalizó con la declaración del Rabsaces en el sentido de que la destrucción de

⁵ John N. Oswalt, *The Book of Isaiah, Chapters 1–39 (El libro de Isaías, capítulos 1–39)*, *The New International Commentary on the Old Testament* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1986), 636.

LAS RAZONES DEL RABSACES (36.3–12)

El Rabsaces dio cinco razones inteligentes por las que Judá no debía resistirse al dominio de Asiria, cuando estuvo ante los hombres de Jerusalén:

1. Preguntó si ellos creían que las simples palabras serían un sustituto del poderío militar (vers.º 5).
2. Ridiculizó el deseo de ellos de confiar en Egipto (vers.º 6).
3. Se refirió a las reformas religiosas de Ezequías y alegó que Judá no podía contar con la ayuda de Dios porque Ezequías había destruido altares (vers.º 7).
4. Les ofreció dos mil caballos, si podían encontrar suficientes hombres que los cabalgaran (vers.ºs 8–9).
5. Afirmó que había venido contra Jerusalén de parte de Dios (vers.º 10).

Adaptado de *Isaiah (Isaías)*, vol. 1, *The Living Way*, James Montgomery

Jerusalén no era «sin Jehová» (vers.º 10), en otras palabras, contaba con la aprobación del Señor. «El asirio no había venido a negociar; había venido a destruir la insistencia de Jerusalén en resistirse».⁶

La petición de los hombres (36.11–12)

Los funcionarios de Ezequías le pidieron al Rabsaces que hablara arameo, así leemos:

¹¹Entonces dijeron Eliaquim, Sebna y Joa al Rabsaces: Te rogamos que hables a tus siervos en arameo, porque nosotros lo entendemos; y no hables con nosotros en lengua de Judá, porque lo oye el pueblo que está sobre el muro. ¹²Y dijo el Rabsaces: ¿Acaso me envió mi señor a que dijese estas palabras a ti y a tu señor, y no a los hombres que están sobre el muro, expuestos a comer su estiércol y beber su orina con vosotros?

El «araméo» (vers.º 11) había llegado a ser el lenguaje oficial de la diplomacia internacional durante el período asirio. Era el lenguaje de Siria, sin embargo, era más fácil de escribir que el asirio, porque usaba la escritura alfabética, y no la cuneiforme silábica. Los embajadores de Ezequías no querían que el pueblo que estaba sobre el muro de la ciudad se desmoralizara por las palabras del asirio. El Rabsaces rechazó la petición. Deseaba que se le entendiera, pues decía sus palabras con la intención de causar pánico en los que estaban reunidos sobre el muro de la ciudad para la defensa.

El segundo discurso del Rabsaces (36.13–20)

¹³Entonces el Rabsaces se puso en pie y gritó a gran voz en lengua de Judá, diciendo: Oíd las palabras del gran rey, el rey de Asiria. ¹⁴El rey dice así: No os engañe Ezequías, porque no os podrá librar. ¹⁵Ni os haga Ezequías confiar en Jehová, diciendo: Ciertamente Jehová nos libraré; no será entregada esta ciudad en manos del rey de Asiria. ¹⁶No escuchéis a Ezequías, porque así dice el rey de Asiria: Haced conmigo paz, y salid a mí; y coma cada uno de su viña, y cada uno de su higuera, y beba cada cual las aguas de su pozo, ¹⁷hasta que yo venga y os lleve a una tierra como la vuestra, tierra de grano y de vino, tierra de pan y de viñas. ¹⁸Mirad que no os engañe Ezequías diciendo: Jehová nos libraré. ¿Acaso librarán los dioses de las naciones cada uno su tierra de la mano del rey de Asiria? ¹⁹¿Dónde está el dios de Hamat y de Arfad? ¿Dónde está el dios de Sefarvaim? ¿Libraron a Samaria de mi mano? ²⁰¿Qué dios hay entre los dioses de estas tierras que haya librado su tierra de mi mano, para que Jehová libre de mi mano a Jerusalén?

El tema del segundo discurso, presentado en la lengua de Judá (vers.º 13), giró en torno a la palabra «librar» (ܢܫܝܢ, *natsal*), la cual se usa siete veces en los versículos 14 al 20. El vocero asirio se jactó de que ni el rey, ni el Señor podrían librar a Judá. Observe una vez más que no llamó «rey» a Ezequías.

El funcionario pintó un cuadro agradable y pacífico del destierro (vers.ºs 16–17). Sin embargo, los anales asirios presentan un cuadro totalmente diferente: en ellos se habla del duro trato que se daba a las naciones derrotadas. Este representante de Senaquerib estaba siendo engañoso cuando insinuó que Ezequías estaba haciendo errar al pueblo al confiar en Dios (vers.º 18).

Según el pensamiento pagano, la suerte de los pueblos se atribuía al poder de sus dioses. Si una nación era derrotada, entonces sus dioses eran considerados débiles. Las ciudades mencionadas en el versículo 19 habían sido destruidas todas por Asiria, por lo tanto, a los dioses de ellas se les consideraba inferiores a los de Asiria. Para el Rabsaces, el Señor era sencillamente otro dios entre muchos. John N. Oswalt dijo: «Todo el discurso llega a su asunto principal en este versículo [versículo 20]»⁷, el cual dice: «¿Qué dios hay entre los dioses de estas tierras que haya librado su tierra de mi mano, para que Jehová libre de mi mano a Jerusalén?».

LA REACCIÓN DE EZEQUÍAS: «ELEVA, PUES, ORACIÓN» (36.21–37.4)

²¹Pero ellos callaron, y no le respondieron palabra; porque el rey así lo había mandado, diciendo: No le respondáis. ²²Entonces Eliaquim hijo de Hilcías, mayordomo, y Sebna escriba, y Joa hijo de Asaf, canceller, vinieron a Ezequías, rasgados sus vestidos, y le contaron las palabras del Rabsaces.

«Pero ellos callaron, y no le respondieron palabra» (vers.º 21). Como un punto a favor del pueblo que estaba sobre el muro, estos guardaron silencio. El Rabsaces no tuvo éxito en su intento por crear discrepancia entre ellos y su rey. No obstante, este era un momento difícil. El pueblo y los embajadores respondieron con silencio y aflicción (vers.º 22).

¹Aconteció, pues, que cuando el rey Ezequías oyó esto, rasgó sus vestidos, y cubierto de cilicio vino a la casa de Jehová. ²Y envió a Eliaquim mayordomo, a Sebna escriba y a los ancianos de los sacerdotes, cubiertos de cilicio, al profeta Isaías hijo de Amoz. ³Los cuales le dijeron: Así ha dicho Ezequías: Día de angustia, de reprensión y de blasfemia es este día; porque los hijos han

⁶ Ibíd., 637.

⁷ Ibíd., 642.

llegado hasta el punto de nacer, y la que da a luz no tiene fuerzas. ⁴Quizá oírás Jehová tu Dios las palabras del Rabsaces, al cual el rey de Asiria su señor envió para blasfemar al Dios vivo, y para vituperar con las palabras que oyó Jehová tu Dios; eleva, pues, oración tú por el remanente que aún ha quedado.

El rey Ezequías reaccionó a las burlas del Rabsaces con arrepentimiento y oración (vers.º 1). Al rasgar los vestidos y cubrirse de silicio estaba simbolizando su arrepentimiento. Él «... vino a la casa de Jehová» para orar pidiendo liberación.

A continuación, Ezequías envió los dirigentes del pueblo al profeta Isaías para pedirle que orara por el pueblo (vers.ºs 2–3). Reconoció que era «día de angustia, de reprensión y de blasfemia». La confesión de pecado debe preceder siempre a la petición de ayuda. Es significativo el hecho de que el rey pidió a Isaías que orara por el pueblo. No hizo referencia a sí mismo, antes reconoció la situación desesperada del pueblo.

El Rabsaces y el rey de Asiria habían blasfemado «al Dios vivo» (vers.º 4). Es importante comparar el comportamiento de Ezequías con el de su padre Acáz, el cual rechazó la ayuda del Señor (7.2–13). La expresión «el remanente que aún ha quedado» se refiere a los que quedaron después de la destrucción de varias ciudades principales de Judá por parte de Senaquerib.

LA PRIMERA PROMESA DEL SEÑOR: «NO TEMAS» (37.5–13)

El mensaje de Isaías para Ezequías (37.5–7)

⁵Vinieron, pues, los siervos de Ezequías a Isaías. ⁶Y les dijo Isaías: Diréis así a vuestro señor: Así ha dicho Jehová: No temas por las palabras que has oído, con las cuales me han blasfemado los siervos del rey de Asiria. ⁷He aquí que yo pondré en él un espíritu, y oírás un rumor, y volverá a su tierra; y haré que en su tierra perezca a espada.

Cuando los siervos del rey fueron a Isaías, este dijo: «No temas» (vers.º 5–6; vea 7.4). Cuando se confía en el Señor, la ansiedad y el temor desaparecen (vea Isaías 36.4b–5). El temor tiene un efecto paralizante. Isaías exhortó al pueblo a «temer al Señor», esto es, tenerle la reverencia y el respeto debidos.⁸

Senaquerib regresaría a Asiria sin haber cumplido su deseo de destruir a Jerusalén (vers.º 7a). Sería asesinado veinte años después, cumpliéndose

⁸ Isaías 8.13; 11.2–3; 33.6.

así la profecía de Isaías (vers.º 7b).

El siguiente mensaje de Asiria (37.8–13)

⁸Vuelto, pues, el Rabsaces, halló al rey de Asiria que combatía contra Libna; porque ya había oído que se había apartado de Laquis. ⁹Mas oyendo decir de Tirhaca rey de Etiopía: He aquí que ha salido para hacerte guerra; al oírlo, envió embajadores a Ezequías, diciendo: ¹⁰Así diréis a Ezequías rey de Judá: No te engañe tu Dios en quien tú confías, diciendo: Jerusalén no será entregada en mano del rey de Asiria. ¹¹He aquí que tú oíste lo que han hecho los reyes de Asiria a todas las tierras, que las destruyeron; ¿y escaparás tú? ¹²¿Acaso libraron sus dioses a las naciones que destruyeron mis antepasados, a Gozán, Harán, Resef y a los hijos de Edén que moraban en Telasar? ¹³¿Dónde está el rey de Hamat, el rey de Arfad, y el rey de la ciudad de Sefarvaim, de Hena y de Iva?

Evidentemente, «Laquis» (vers.º 8) había sido sometida en el tiempo en que el enviado asirio estuvo ausente. «Libna», otra de las ciudades fortificadas de Judá, estaba a más de 17 kilómetros al norte de Laquis.

«Tirhaca rey de Etiopía» (vers.º 9) era un faraón de la vigésimo quinta dinastía etíope de Egipto.⁹ Cuando Senaquerib oyó que este venía a pelear contra él, intensificó sus esfuerzos para obligar a Ezequías a rendirse. Este fue el mensaje que envió a Ezequías: «No te engañe tu Dios en quien tú confías» (vers.º 10).

Como ya se dijo, es evidente que para el rey, el Señor era simplemente otro dios nacional, similar a los de las naciones y ciudades destruidas anteriormente por los asirios (vers.º 12). Seguidamente, recitó una letanía de ciudades que habían destruido (vers.º 13).

LA ORACIÓN DE EZEQUÍAS (37.14–20)

¹⁴Y tomó Ezequías las cartas de mano de los embajadores, y las leyó; y subió a la casa de Jehová, y las extendió delante de Jehová. ¹⁵Entonces Ezequías oró a Jehová, diciendo: ¹⁶Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste los cielos y la tierra. ¹⁷Inclina, oh Jehová, tu oído, y oye; abre, oh Jehová, tus ojos, y mira; y oye todas las palabras de Senaquerib, que ha enviado a blasfemar al Dios viviente. ¹⁸Ciertamente, oh Jehová, los reyes de Asiria destruyeron todas las tierras y

⁹ Senaquerib registró la derrota de este rey en sus anales. (James B. Pritchard, ed., *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, [Escritos antiguos del cercano oriente relacionados con el Antiguo Testamento], 3a ed. [Princeton: Princeton University Press, 1969], 287–88.)

sus comarcas,¹⁹ y entregaron los dioses de ellos al fuego; porque no eran dioses, sino obra de manos de hombre, madera y piedra; por eso los destruyeron.²⁰ Ahora pues, Jehová Dios nuestro, líbranos de su mano, para que todos los reinos de la tierra conozcan que sólo tú eres Jehová.

Aparentemente, las exigencias del rey de Asiria habían sido entregadas tanto de forma oral como por carta. Ezequías «tomó [...] las cartas» (vers.^o 14) y «... subió a la casa de Jehová», el templo donde Dios moraba simbólicamente en medio del pueblo. La declaración que dice que «las extendió delante de Jehová» refleja confianza en el hecho de que solamente Dios podía efectuar la liberación.

El rey oró a Dios (vers.^o 15). Comenzó su oración con una adoración sublime al único Creador de «los cielos y la tierra» y al único Dios de «todos los reinos de la tierra» (vers.^o 16). Al hablar de «los querubines», se refería a los ángeles del Señor. Estos son los mismos que se apostaron al oriente del huerto de Edén, después que Adán y Eva pecaron, con el fin de evitar que los humanos regresaran al huerto (Génesis 3.24). También, en el arca del pacto se pusieron representaciones de querubines sobre el propiciatorio del templo, los cuales simbolizaban que este era el lugar donde Dios tenía encuentros con el Sumo Sacerdote (Éxodo 25.19–22). Esta es la única vez que se mencionan querubines en Isaías, pero se habla de serafines en 6.2–6.

En el versículo 17 es donde comienza la petición de Ezequías a Dios. Se expresa por medio de cinco imperativos que dicen: «Inclina, [...] tu oído, y oye; abre, [...] tus ojos, y mira; y oye todas las palabras de Senaquerib». Ezequías pidió encarecidamente que el Señor le diera su total atención a lo que el rey de Asiria estaba diciendo contra el «Dios viviente». En ambos versículos, 14 y 17, Ezequías mostró un agudo entendimiento del hecho de que hay un solo Dios.

Las naciones que veneraban a otros dioses fueron destruidas junto a sus ídolos (vers.^{os} 18–19). Estos ídolos «no eran dioses, sino obra de manos de hombre, madera y piedra». Isaías expuso la insensatez de la idolatría de un modo más completo en 45.9–17.

La oración de Ezequías termina con una encarecida petición de liberación (vers.^o 20). No pidió lo anterior apelando al mérito ni a la pureza del pueblo, sino al honor de Dios. Homer Hailey dijo: «Esta oración exalta a Jehová sobre toda la creación y los seres celestiales, reconoce su eterna Deidad,

y de un modo reverente reconoce que tanto el rey como el pueblo dependen de Él, para su salvación en este momento de tribulación».¹⁰

LA SEGUNDA PROMESA DEL SEÑOR: «¡YO ESTOY AL MANDO!» (37.21–32)

El mensaje del Señor contra Senaquerib (37.21–29)

²¹Entonces Isaías hijo de Amoz envió a decir a Ezequías: Así ha dicho Jehová Dios de Israel: Acerca de lo que me rogaste sobre Senaquerib rey de Asiria,²² estas son las palabras que Jehová habló contra él: La virgen hija de Sion te menosprecia, te escarnece; detrás de ti mueve su cabeza la hija de Jerusalén.²³ ¿A quién vituperaste, y a quién blasfemaste? ¿Contra quién has alzado tu voz, y levantado tus ojos en alto? Contra el Santo de Israel.²⁴ Por mano de tus siervos has vituperado al Señor, y dijiste: Con la multitud de mis carros subiré a las alturas de los montes, a las laderas del Líbano; cortaré sus altos cedros, sus cipreses escogidos; llegaré hasta sus más elevadas cumbres, al bosque de sus feraces campos.²⁵ Yo cavé, y bebí las aguas, y con las pisadas de mis pies secaré todos los ríos de Egipto.²⁶ ¿No has oído decir que desde tiempos antiguos yo lo hice, que desde los días de la antigüedad lo tengo ideado? Y ahora lo he hecho venir, y tú serás para reducir las ciudades fortificadas a montones de escombros.²⁷ Sus moradores fueron de corto poder; fueron acobardados y confusos, fueron como hierba del campo y hortaliza verde, como heno de los terrados, que antes de sazón se seca.²⁸ He conocido tu condición, tu salida y tu entrada, y tu furor contra mí.²⁹ Porque contra mí te airaste, y tu arrogancia ha subido a mis oídos; pondré, pues, mi garfio en tu nariz, y mi freno en tus labios, y te haré volver por el camino por donde viniste.

Dios contestó la oración de Ezequías por medio de su siervo Isaías (vers.^o 21). El pasaje paralelo en 2^o Reyes dice: «Lo que me pediste acerca de Senaquerib rey de Asiria, he oído» (19.20b). Dios oye las oraciones de Su pueblo y las contesta.

Por el poder de Dios, la situación cambió (vers.^o 22). En este pasaje se presenta a la «virgen hija de Sion [...] la hija de Jerusalén», menospreciando y escarneciendo a Senaquerib. En otros pasajes, Isaías habló de la hija virgen de Sidón y de la hija virgen de Babilonia (23.12; 47.1). La expresión «hija virgen» no es indicio de pureza, antes se refiere a que los sidonitas y los babilonios no habían sido profanados por la toma de sus ciudades.

Con un paralelismo poético enfundado en una

¹⁰ Homer Hailey, *A Commentary on Isaiah (Comentario sobre Isaías)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1985; reimp., Louisville, Ky.: Religious Supply, 1992), 309.

serie de preguntas, el Señor le dijo al enviado asirio que él había blasfemado, no solamente contra Su ciudad, ¡sino también, «contra el Santo de Israel!» (vers.º 23; vea 1.4).

Los versículos 24 y 25 presentan las vanas jactancias del rey Senaquerib. Según sus afirmaciones, sus conquistas no pudieron ser impedidas por las alturas, ni los bosques, ni las aguas, ni los ríos. No obstante, el Señor le informó al rey asirio de que sin saberlo, había llevado a cabo la voluntad divina (vea 10.5–7). «¿No has oído decir que desde tiempos antiguos yo lo hice, que desde los días de la antigüedad lo tengo ideado? Y ahora lo he hecho venir...» (vers.º 26a). Había sido el poder de Dios, no el de Senaquerib, el que había sometido a las naciones.

Lo que Dios proponga, se hace. Ni las fortificaciones, ni los guerreros pudieron detener a Senaquerib porque él era parte del propósito de Dios. Por lo tanto, él hizo que ciudades quedaran en ruinas como la hierba del campo o el heno de los tejados que es quemado por el sol (vers.ºs 26b–27).

Cuando Moisés dio su último discurso a los hijos de Israel, les advirtió que la desobediencia daría como resultado el castigo:

Por cuanto no serviste a Jehová tu Dios con alegría y con gozo de corazón, por la abundancia de todas las cosas, servirás, por tanto, a tus enemigos que enviare Jehová contra ti, con hambre y con sed y con desnudez, y con falta de todas las cosas; y él pondrá yugo de hierro sobre tu cuello, hasta destruirte. Jehová traerá contra ti una nación de lejos, del extremo de la tierra, que vuela como águila, nación cuya lengua no entiendas; gente fiera de rostro, que no tendrá respeto al anciano, ni perdonará al niño (Deuteronomio 28.47–50).

No hay nada oculto delante del Señor (vers.º 28). La arrogancia del rey de Asiria sería castigada. No prevalecería contra el Señor ni contra Su decreto con respecto a Jerusalén (vers.º 29).

La señal del Señor (37.30–32)

³⁰Y esto te será por señal: Comeréis este año lo que nace de suyo, y el año segundo lo que nace de suyo; y el año tercero sembraréis y segaréis, y plantaréis viñas, y comeréis su fruto. ³¹Y lo que hubiere quedado de la casa de Judá y lo que hubiere escapado, volverá a echar raíz abajo, y dará fruto arriba. ³²Porque de Jerusalén saldrá un remanente, y del monte de Sion los que se salven. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.

El Señor prometió que el ciclo normal de la agricultura sería restaurado en tres años (vers.º

30). Dice que «... lo que hubiere quedado» de la invasión de 701 a. C. volvería «a echar raíz abajo, y [daría] fruto arriba» (vers.º 31). La población diezmada de la tierra de Judá había de reconstruir y repoblar sus ciudades.

«El celo de Jehová de los ejércitos hará esto», declaró Isaías (vers.º 32). Una liberación aún mayor, la cual había de llegar en el reino espiritual del Mesías (9.7), también sería llevada a cabo por el celo del Señor. Hoy podemos animarnos por el hecho de que el Señor siempre mantendrá un pueblo para sí.

LA VICTORIA DEL SEÑOR SOBRE ASIRIA (37.33–38)

La defensa de Jerusalén de parte del Señor (37.33–35)

³³Por tanto, así dice Jehová acerca del rey de Asiria: No entrará en esta ciudad, ni arrojará saeta en ella; no vendrá delante de ella con escudo, ni levantará contra ella baluarte. ³⁴Por el camino que vino, volverá, y no entrará en esta ciudad, dice Jehová. ³⁵Porque yo ampararé a esta ciudad para salvarla, por amor de mí mismo, y por amor de David mi siervo.

El Señor garantizó a Ezequías y al pueblo que Jerusalén no sería atacada. Los elementos básicos de la guerra, esto es, las saetas, los escudos y los baluartes, no serían usados contra la ciudad (vers.º 33). En lugar de ello, Senaquerib regresaría a Asiria (vers.º 34).

Dios recalcó que la ciudad había de ser perdonada, no por causa de su justicia, sino, «por amor de [Él] mismo, y por amor de David [Su] siervo» (vers.º 35). «No era por causa de los méritos de Judá, sino, por el honor de Su propio glorioso Nombre [...], y por causa de Su compromiso misericordioso con David (2º Samuel 7.12–16), que Dios salvaría de la extinción a Su pueblo y a Ezequías el rey davídico de ellos».¹¹

La destrucción de los asirios (37.36–38)

³⁶Y salió el ángel de Jehová y mató a ciento ochenta y cinco mil en el campamento de los asirios; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos. ³⁷Entonces Senaquerib rey de Asiria se fue, e hizo su morada en Nínive. ³⁸Y aconteció que mientras adoraba en el templo de Nisroc su dios, sus hijos Adramelec y Sarezer le mataron a espada, y huyeron a la tierra de Ararat; y reinó en su

¹¹ Clyde M. Woods, *People's Old Testament Notes: Isaiah* (Notas populares del Antiguo Testamento: Isaías) (Henderson, Tenn.: Woods Publications, 2002), 160.

lugar Esar-hadón su hijo.

Mientras los asirios estaban en su campamento, el Señor dio muerte a 185.000 de sus soldados (vers.º 36). En 2º Reyes 19.35 se nos informa de que la ejecución del juicio de Dios sucedió «aquella misma noche». El anterior fue sin duda un evento milagroso que no puede explicarse de ningún otro modo. Un léxico hebreo hace notar que la raíz de la palabra «mató» (נָכַח, *nakah*) significa «golpear con enfermedad». No obstante, no se nos informa de la naturaleza del castigo de Dios; solo de su resultado.

Unos veinte años después de su regreso a Nínive, el rey Senaquerib fue asesinado (vers.ºs 37–38). La Crónica Babilónica habla de su asesinato, pero no da los nombres de los responsables.

Isaías demostró que se puede confiar en Dios. Salvó a Ezequías y a Jerusalén, y castigó a los asirios y al rey de estos.

PREDICACIÓN DEL TEXTO

CUANDO SE HACE BURLA DE LOS CREYENTES (Capítulo 36)

En el año catorce del reinado de Ezequías, Senaquerib vino contra Judá, tomando cuarenta y seis ciudades fortificadas. Envio de Laquis al Rabsaces para tomar posesión de Jerusalén. A su llegada, se apostó fuera de la ciudad y negoció con tres civiles que representaban a Jerusalén: Eliaquim, Sebna y Joa.

Judá era un pequeño estado, que apenas tenía suficientes hombres para cabalgar dos mil caballos, sin embargo, estaban de pie ante el poderoso ejército asirio. El Rabsaces les preguntó cómo planeaban tener éxito. «¿En qué vas a poner tu seguridad?», preguntó mofándose. Esto fue lo que en efecto dijo: «De seguro, no estarán dependiendo de Egipto. Esa nación es caña frágil». Dijo además: «¿No estarán confiando sus vidas a Yahvé, o sí?». Además, el Rabsaces dijo: «Hemos sido enviados por su Dios, Yahvé. Este nos ha pedido venir a destruirlos».

Como no querían que las personas que estaban cerca oyeran lo que el Rabsaces estaba diciendo, los representantes le pidieron hablar en arameo, antes que en el lenguaje del pueblo. Él rehusó y levantó aun más la voz, de modo que todos lo pudieran oír. Dijo que Ezequías había engañado al pueblo al llevarlos a creer que Dios los sustentaría en ese horrible momento. Les vociferó que su única esperanza radicaba en rendirse ante Asiria. Cuando se rindieran, alegó, serían deportados a una mejor

tierra, a un lugar con más provisiones y con mejores condiciones de vida. Luego, volvió a narrar los grandes logros del ejército asirio, mostrando que ellos habían derrotado a un dios tras otro. Lo que estaba insinuando era que no tendrían dificultad para derrotar a Yahvé.

La respuesta del pueblo, que había estado escuchando, fue de completo silencio. El Rabsaces había sido convincente. Los tres civiles que representaban a Jerusalén rasgaron sus vestidos en señal de angustia y fueron a comunicarle a Ezequías lo que se había dicho.

Era un día sombrío para Jerusalén y su pueblo. El día de tomar una decisión había llegado. ¿Creerían en Yahvé o no? Serían arrastrados por las palabras del Rabsaces, o permanecerían fieles a lo que se les había enseñado acerca de Dios?

¿Qué podemos aprender del anterior episodio de la vida del pueblo de Dios y de la vida de Jerusalén? ¿Qué lecciones saltan a la vista?

En primer lugar, a los piadosos les sobreviene persecución. Pablo dijo: «Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2ª Timoteo 3.12). Cuando lo anterior nos suceda, no debemos sorprendernos, ni desconcertarnos; debemos sencillamente decirnos que es de esperar.

En segundo lugar, la persecución podría ser dura y cruel. Puede llegar de diferentes maneras, que incluyen el ser ridiculizados, escarnecidos, intimidados o calumniados en cuanto a lo que creemos. Puede que amenace nuestra reputación en público, o incluso, nuestras vidas. El Rabsaces acosó a Judá usando la humillación en público, el temor al cautiverio y la exigencia de una rendición total.

En tercer lugar, la persecución puede a veces ser abrumadora, dejándonos prácticamente sin un lugar físico al cual volvernos. Estas personas no podían recurrir a su ejército; era demasiado pequeño. No podían huir a los montes; estaban rodeados, cercados dentro de Jerusalén. Los tres civiles no pudieron hacer más que rasgar sus vestidos y comunicarle a Ezequías lo que se había dicho.

En cuarto lugar, la vida a veces presenta problemas para los cuales no hay solución terrenal. Esta era la situación a la cual estaban haciendo frente estas personas. Puede que usted diga: «Bueno, estoy en una mejor situación. Siempre hay algo que puedo hacer para protegerme». ¿Está seguro? Suponga que se le ha dicho que lo ha perdido todo, incluso su salud. ¿Qué haría entonces? Este relato nos recuerda que habrá momentos cuando no quedamos nadie más que Dios y nosotros. En tales momentos, no nos queda más que ponernos en las manos de Dios

y permitirle que sea nuestro cayado y sostén.

Dejemos atrás este episodio sabiendo que la persecución nos llegará como a todas las personas piadosas. Puede que sea dura y cruel cuando venga; puede que sea abrumadora. Puede que sea tan severa que no haya nada en la tierra que podamos hacer. No obstante, debemos darnos cuenta de que Dios está al mando. La mejor ilustración de esto la constituye la experiencia de tres judíos: Sadrac, Mesac y Abed-nego. Cuando estaban ante el horno de fuego ardiendo, cuando se encontraban en una situación para la cual no tenían solución terrenal, ¿qué hicieron? Se pusieron en las manos de Dios. Dijeron:

[Nabucodonosor] no es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librá. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado (Daniel 3.16–18).

Sin duda, la anterior es una de las más grandes respuestas que alguien puede dar a la violenta e impía persecución. Cuando tales tiempos lleguen, pongámonos en las manos de Dios, diciendo en oración silenciosa: «Dios, soy tu siervo. Me pongo en tus manos. Has con esta situación lo que Tú consideres que es lo mejor. Que yo pueda responder a lo que suceda de tal forma que Tú seas glorificado».

ORAR EN MEDIO DE UN DESASTRE (Capítulo 37)

Cuando Ezequías escuchó que la amenaza provenía de parte del Rabsaces, el funcionario de Senaquerib, envió una comitiva a Isaías para averiguar qué podía hacerse. Le pidieron a Isaías que orara a Dios a favor de Judá. Sabían de la difícil situación de la nación y deseaban que el profeta intercediera. Para sorpresa de ellos, Isaías les dijo que ya Dios le había hablado acerca de la situación.

Mientras tanto, el Rabsaces regresó para comunicarle sus resultados a Senaquerib, quien, para entonces, estaba librando una batalla en Libna. El monarca, Senaquerib, aparentemente quería tomar Jerusalén rápidamente. Por lo tanto envió una carta a Ezequías en la que se jactaba de tener mayor poder y declaraba que Yahvé había engañado a Su pueblo haciéndoles creer que los libraría.

Desconsolado y abrumado, Ezequías tomó la carta y la puso delante de Dios en el templo. Le pidió a Dios que tomara nota de la jactancia de ellos y que demostrara que Él era el único Dios verdadero. La respuesta de Yahvé vino a Isaías en

forma de revelación. Consistía en un canto burlesco que hacía referencia a Jerusalén permaneciendo tranquila y libre de daño.

Dios prometió que el rey de Asiria no vendría contra Jerusalén. Dijo: «Por tanto, así dice Jehová acerca del rey de Asiria: No entrará en esta ciudad, ni arrojará saeta en ella; no vendrá delante de ella con escudo, ni levantará contra ella baluarte. Por el camino que vino, volverá, y no entrará en esta ciudad, [...] Porque yo ampararé a esta ciudad para salvarla, por amor de mí mismo, y por amor de David mi siervo» (vers.^{os} 33–35).

Lo que Isaías, Ezequías y el pueblo hicieron en esta horrible situación nos brinda un vislumbre acerca de orar en medio de la tragedia. ¿Cómo oramos cuando el mundo se nos ha venido encima? La oración de ellos constituye un ejemplo para nosotros.

Ore con apreciación de lo que Dios sabe. Dios conoce todo acerca de nuestros problemas antes de que le contemos acerca de ellos en oración. Cuando la comitiva llegó a Isaías, el profeta dijo que ya Dios le había hablado acerca de lo que iba a suceder. Dios había estado cuidando de la ciudad de Jerusalén a lo largo de toda la terrible experiencia. Había visto a los asirios cuando pasaban por Judá. Dios sabe lo que necesitamos, aun antes de que se lo pidamos (Mateo 6.8).

Ore con confianza en la fidelidad de Dios. Dios protegerá a los Suyos. Había acunado a Jerusalén en Sus brazos omnipotentes. Cuando la tragedia llegó a su fin, ni siquiera una saeta fue lanzada por los asirios. El texto dice: «Y salió el ángel de Jehová y mató a ciento ochenta y cinco mil en el campamento de los asirios; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos. Entonces Senaquerib rey de Asiria se fue, e hizo su morada en Nínive» (vers.^{os} 36–37). Dios había mantenido fielmente Su promesa de proteger Su ciudad.

Ore rindiéndose ante la voluntad de Dios. Ni Isaías, ni Ezequías, ni el pueblo estaban seguros de lo que Dios iba a hacer antes que Este actuara; sin embargo, cuando actuó, vieron que Su voluntad fue lo mejor. La oración no consiste tanto en pedirle a Dios que haga por nosotros lo que deseamos que Él haga, como sí en pedir que Su santa, justa y perfecta voluntad sea hecha en nuestras vidas. Hemos de ser los recipientes de la ejecución de Su voluntad en todas las situaciones.

Ore siendo consciente de la omnipotencia de Dios. El ejército más fuerte no puede ganar en una sola batalla contra Dios. El Imperio Asirio señoreaba sobre el mundo para el momento de este evento. Jerusalén estaba rodeada por el poderío más grande de toda

la tierra. No obstante, al día siguiente, empacaron sus tiendas y volvieron a Nínive, completamente desmoralizados por la ola de muerte que se había introducido en su campamento. Dios puede hacer lo que le parezca. Puede, incluso, hacer que exista un mundo con solo hablar. Con un tenue soplo de Su boca, puede hacer que desaparezcan las más grandes obras del hombre.

Ore teniendo presente la gloria de Él. Ezequías oró diciendo: «Ahora pues, Jehová Dios nuestro, líbranos de su mano, para que todos los reinos de la tierra conozcan que sólo tú eres Jehová» (vers.^o 20). Oró para que la gloria de Dios fuera conocida por el mundo, antes de orar por la necesidad de su nación. Cuando el creyente vive para la gloria de Dios, Dios se hace responsable de la vida y el destino de él.

Isaías, Ezequías y el pueblo de Jerusalén oraron con conocimiento de quién es Dios, con confianza en Su fidelidad, con reconocimiento de Su poder y con ambición por Su gloria. Dios respondió con una de las más grandes liberaciones del Antiguo Testamento. Estos eventos fueron escritos para nuestra enseñanza, de modo que, por la consolación de las Escrituras, podamos tener esperanza (Romanos 15.4). Partimos de Jerusalén, el lugar de angustia y también el de maravilloso triunfo, con un firme entendimiento de que cuando nos ponemos en las manos de Dios, rindiéndonos ante Él con fe obediente, Dios lleva a cabo Su victoria por medio de nosotros. Llevemos esta verdad con nosotros en el corazón y en nuestras costumbres a medida que seguimos por el camino de la vida.

Eddie Cloer

ILUSTRACIÓN DEL TEXTO

LA VICTORIA DEL SEÑOR PARA JERUSALÉN (37.36)

Laquis era el centro de operaciones del rey de Asiria, una ciudad de Judá que los asirios habían capturado. No obstante, los asirios jamás tomaron Jerusalén, debido a que «el ángel de Jehová [...] mató a ciento ochenta y cinco mil en el campamento de los asirios; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos» (vers.^o 36). Senaquerib huyó, y los asirios jamás volvieron a ser una amenaza para Judá.

Judá sobrevivió a las amenazas asirias, pero el

reino norteño, Israel, fue destruido por los asirios en 722 a. C. El poder que finalmente conquistó al reino sureño fue Babilonia. La destrucción de Jerusalén por parte de Babilonia sucedió en 586 a. C. Esto fue más de cien años después del tiempo de Isaías.

Neale Pryor

MIQUEAS, CONTEMPORÁNEO DE ISAÍAS

El profeta Miqueas comenzó su ministerio poco antes del inicio del ministerio de Isaías.¹² Profetizó desde cerca del 735 a. C., hasta cerca del final del siglo. Provenía de una pequeña aldea, Moreset (Miqueas 1.1, 14), que estaba en la frontera entre Judá y Filistea, a unos treinta y siete kilómetros al sur de Jerusalén. A. K. Helmbold dijo: «Miqueas vivía en la frontera entre Judá y una “tierra de nadie” disputada por Egipto, Asiria y los filisteos».¹³ Puede que su aldea haya sido destruida por la invasión de Senaquerib en 701 a. C.¹⁴

No hay datos en el sentido de que Miqueas haya tenido contacto directo con los reyes de Judá; sin embargo, Jeremías declaró: «Miqueas de Moreset profetizó en tiempo de Ezequías rey de Judá, y habló a todo el pueblo de Judá, diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Sion será arada como campo, y Jerusalén vendrá a ser montones de ruinas, y el monte de la casa como cumbres de bosque» (Jeremías 26.18). Sus profecías demuestran una gran preocupación por la justicia social, el juicio y la fidelidad al Señor (Miqueas 6.8). Mientras él le profetizaba a la gente común de las aldeas, Isaías hacía su labor en medio de los reyes.

Don Shackelford

¹² Solo se mencionan tres reyes al comienzo de Miqueas, a saber: Jotam, Acaz y Ezequías (1.1); en tanto que Uzías también es mencionado en Isaías. No obstante, Isaías comenzó su ministerio el año que Uzías murió (Isaías 6.1), de manera que eran contemporáneos.

¹³ Merrill C. Tenney, ed., «Micah» *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible* (Enciclopedia ilustrada de la Biblia de Zondervan) (Grand Rapids, Mich.: Regency Reference Library, 1975), 4:214.

¹⁴ Senaquerib alardeó diciendo: «Puse sitio a 46 de sus ciudades fortificadas, a sus fuertes amurallados y a un sin número de pequeñas aldeas en sus alrededores, y [las] conquisté» (James B. Pritchard, ed., *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, [Escritos antiguos del cercano oriente relacionados con el Antiguo Testamento], 3a ed. [Princeton: Princeton University Press, 1969], 288).

LAQUIS, UNA CIUDAD FORTIFICADA DE JUDÁ

Laquis era una antigua ciudad real de los amoritas (Josué 10.31) cuyo rey, Jafía, formó parte de la alianza con Adonisedec, rey de Jerusalén, para castigar a Gabaón por haber hecho un tratado con Josué. Los reyes aliados fueron derrotados en Bet-horón y fueron colgados en Maceda (Josué 10.16–26). La ciudad fue tomada al segundo día.

El erudito bíblico británico Edward Robinson encontró el sitio sobre un collado rocoso, en el que no había más que ruinas, a unos diecisiete kilómetros al suroeste de Beit Jibrin, a tan solo tres kilómetros al oeste de Eglón. Laquis fue fortificada por Roboam después de la división del reino de Israel (2º Crónicas 11.5–10). Amasías huyó hacia ella buscando un lugar seguro, según 2º Reyes 14.18–19.

Se ha dado por sentado que la ciudad no fue tomada porque 2º Reyes 19.8 dice que Senaquerib se había ido de Laquis y 2º Crónicas 32.1 afirma, hablando de las ciudades fortificadas de Judá, que había llegado con la «intención de conquistarlas». No obstante, Laquis fue tomada por Senaquerib cuando este marchaba a Egipto. En esta ocasión, usó «todas sus fuerzas» (2º Crónicas 32.9).

Se han encontrado ilustraciones de este asedio en uno de los aposentos del palacio de Koyunjik, con el nombre de «Laquisa». La inscripción de esta ilustración se traduce de la siguiente manera: «Senaquerib, el rey poderoso, rey del país de Asiria, sentado en el trono del juicio ante la ciudad de Laquisa. Doy permiso para su masacre». Una ilustración muestra un plano de una ciudad circular con muros dobles y muchas torres.

El ejército asirio avanzó hacia Egipto y a su regreso, sitió a Laquis por segunda vez. Esta campaña militar terminó con la masacre milagrosa de un gran número de asirios en la llanura al norte de Jerusalén (Isaías 37.36).

Laquis fue reconstruida y tiempo después sufrió asedio de parte de Nabucodonosor (Jeremías 34.1–7). Los judíos ocuparon la ciudad después que regresaron de Babilonia.

*Adaptado de Smith's Bible Dictionary
(Diccionario Bíblico de Smith)*

Autor: Don Shackelford
©Copyright 2004, 2009, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados